

Katherine Pancol

TRES BESOS

Traducido del francés por Julia Alquézar

Título original: *Trois baisers*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Albin Michel, 2017

© de la traducción: Julia Alquézar Solsona, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-270-8

Depósito legal: M. 26.602-2018

Printed in Spain

Para ti...

Partamos, con un beso,
hacia un mundo desconocido.

ALFRED DE MUSSET

Primera parte

Las siete y diez. Suena el despertador. Los brazos de Mickey tapan la esfera y se agitan, sus delgadas piernas pedalean. *Get up, get up*, ganguea. Stella golpea la cabeza de Mickey y abre los ojos.

Enseguida vuelve a cerrarlos.

Recurre a todas sus fuerzas para mantenerlos cerrados. Peligro, peligro. No te muevas. Casi ni respires. No desplaces el codo izquierdo de la almohada, mantén el derecho apoyado en la cadera. No te rasques el párpado, aunque te pique. Haz como que duermes, que no estás allí, que no eres tú la que tiembla bajo las sábanas.

Él ha vuelto.

Unas bolas de algodón explotan en su garganta. «No es posible, no puede haber vuelto. Todo va bien, cálmate.» En septiembre, Tom empezó a ir al colegio y de eso no hay la menor duda, solo ha cambiado de vocabulario y de gominas. Adrian trabaja en la Ferraille, Edmond Courtois le confía cada vez más tareas, aprende sobre gestión, los mercados, viaja al extranjero... Desde hace poco, tiene pasaporte francés, europeo, a nombre de Adrian Kosulino. «Soy ciudadano del mundo», dice mientras sostiene el precioso documento entre las manos. Se ha comprado una corbata gris plata, un traje azul marino y unas camisas blancas de cuello italiano. Y un maletín. Léonie lleva faldas de flores y blusitas de encaje, y se maravilla cuando ve un herrerillo de cabeza azul o una

hoja roja que cae girando del árbol, y hace bordado y pasamanería en el taller de *patchwork*. Suzon se masajea los riñones mientras se queja de lo lejos que está el suelo, lee *France Dimanche*, ¡los líos de Johnny, la revancha de Vanessa, Michelle Obama triunfa en la tele! Georges comenta los chismes de Saint-Chaland cuando vuelve de la compra, se ocupa del jardín, la leña, los animales, el huerto, y lava su Kangoo roja los domingos antes de dejarse caer en el sofá delante del telediario.

Todos han recuperado sus rutinas.

«Todo va bien y yo estoy bien.»

Va a volver a abrir los ojos, a contar hasta tres y... «Me he equivocado. También es por mi culpa, sigo teniendo miedo a que vuelva.

»Ray Valenti está muerto. Murió en un incendio. Acuérdate¹.

»¿Habrá sido por la llamada del notario?

»Ha dicho que había noticias, que teníamos que vernos.»

No le ha gustado nada.

La víspera había comido demasiado. Hacía buen tiempo, como una noche de verano en noviembre, un viento cálido rozaba el suelo, los perros descansaban echados sobre el costado, con la lengua colgando; «¡Vamos a celebrar mi gran contrato —dijo Adrian—. Venga, cenamos fuera, a la luz de las velas, y descorchamos unas botellas!» Aplaudió y pusieron la mesa en la terraza a toda velocidad, como en los dibujos animados. Sacaron los cubiertos, los vasos, los platos, el pan, el vino, el queso, la ensalada, el salchichón, el jamón, los pepinillos, los tomates y el guiso preparado por Suzon, y lo pusieron todo sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Tom añadió unas *cookies* y un helado Gervais de chocolate. Se sentaron, abrieron una botella de *mâcon*, ¡brindaron por el amor, por la vida, por todo! Tom dijo que la vida y el amor daban miedo. Así que

¹ El lector encontrará una relación de todos los personajes al final del libro (*N. de la A.*).

brindaron por los asnos, por las tortugas, por el loro, por el cerdo, por las gallinas, por los pollitos, por las patatas, por los perros, que se habían levantado y babeaban delante de la olla; gritaron «¡Que aproveche!» como si estuvieran declarando la guerra, con los tenedores levantados hacia el cielo y los codos clavados en la mesa. Se abalanzaron sobre los platos, devoraron el buey en salsa de limón confitado, partieron el pan con las manos y mojaron en la salsa, embadurnándose la boca de grasa; abrieron otra botella y, ahí va, un culín de vino para Tom, así se enteró de que era incluso mejor que la Coca-Cola; tomaron una bola de helado; mientras se frotaban el vientre suspiraron que habían comido mucho, demasiado. Stella tuvo que aflojarse el cinturón dos agujeros y soltarse los corchetes del sujetador. Con cuidado de que no la vieran. Habían cambiado al horario de invierno, estaba oscuro, fue fácil. «Soy una vaca gorda», pensó. Sintió vergüenza. Ganas de abofetearse. «Mañana dejo de comer —prometió y juró—. ¿Por qué como tanto?» Adrian le tendió la mano debajo de la mesa, ella no tuvo fuerzas para agarrarla, él la miró sonriendo, su sonrisa rápida, muy rápida, que decía: «Va, venga, vamos a la cama, te deseo, te deseo... Mañana recogeremos».

Lo dejaron todo tal cual y subieron a acostarse.

¿Habían comido y bebido, bebido y comido, para olvidar que el notario había llamado?

Por teléfono le había dicho:

—Necesito verla, es urgente.

—¿Cómo que urgente? —preguntó mientras se recogía un mechón rubio y se tiraba de los pelos de las cejas.

—Urgente. Las espero, a su madre y a usted. El sábado por la mañana.

—Pero, dígame...

Ya había colgado.

No. Come demasiado, eso es todo. Ha cogido cinco kilos. Y una talla más de sujetador. Su cuerpo se escapa a su control. Crece junto a ella. Pronto le hablará como a un extraño. Lo esconderá porque le dará ver-

güenza. Pronto tendrá que cerrar el peto naranja con imperdibles. ¿Por qué me atiborro así?

—Es la felicidad —dijo Adrian la otra noche mientras la atraía hacia sí—. Eso engorda.

—Entonces no quiero ser feliz —respondió.

—Repítelo —dijo endureciendo la voz, mientras la empujaba contra la pared—. ¡Repítelo! —Sus manos subían y bajaban a lo largo de su espalda.

Dijo que bromeaba y lo besó.

Y su boca seguía teniendo el mismo sabor a vértigo. Se agarró a él, no quería caer de inmediato.

Abre un ojo, no se mueve, espera, adormilada, temerosa.

Oye la respiración de Adrian. Un ligero ronquido que sube y baja.

Ya lo sabe. Lo sabe todo sobre ella. Querría que le explicara por qué esa mañana se quiere morir.

Pero ¿qué podría decirle a él, que tiene tantas ganas de vivir?

Encoge los hombros. Se prepara para encajar el golpe. Aspira aire para deshacer el nudo de la garganta, el nudo del pecho, el nudo del estómago. Sigue el camino de la respiración. Cruza los dedos para que no sea eso.

Esta densa tristeza.

Esta pena negra que no suelta la presa.

Y...

Él se aprieta contra ella. La inmoviliza en el colchón, le bloquea las piernas, le bloquea los brazos, «No quiero, no quiero», apaga la risa, roba los besos, los tira a la basura.

La desgracia ha vuelto.

Se sienta, deja caer la cabeza sobre el pecho, se enrosca sobre sí misma, se desliza suavemente fuera de la cama como si se dejara llevar.

Como si fuera ella quien decidiera.

La desgracia...

Baja a preparar el desayuno.

*

—¡Y tú, el gallo! ¿Se puede saber para qué sirves? ¡Lo has visto todo y ni has rechistado! Has dejado que se las cargaran sin decir ni mu. ¿Sabes qué te digo? Que me das asco. ¡Solo vales para preñarlas! ¡Un enchufado y un fanfarrón! ¡Menudo tío estás hecho!

Detrás de la gran ventana abierta de la cocina, Adrian y Tom se sobresaltan al oír a Stella gritar las últimas palabras.

—Está enfadada —dice Tom, como si estuviera dando el parte meteorológico.

—No está enfadada —responde Adrian—. Está triste.

—No veo la diferencia.

—No te metas. Es entre ella y ella.

—Sí, pero recae sobre nosotros.

—¡Pásame el pan, hijo!

—¡Atento, que viene! Va a haber jaleo.

Una patada en la puerta y Stella aparece.

—Esta noche ha venido un zorro. Puede que fueran dos. ¡Una auténtica carnicería! ¡Hay sangre y plumas por todas partes! Han arramblado con las gallinas, han destripado a los polluelos. Hay rastros de sangre hasta el bosque. ¿Quién se olvidó de cerrar la puerta del gallinero ayer por la noche?

—¡Yo no! —gritan Adrian y Tom.

—¿Seguro? —grita Stella.

—Seguro —dicen a la vez.

Los ojos furiosos de Stella los atraviesan. Adrian y Tom no pestañean. Ella lanza un suspiro:

—Ha debido de ser Suzon... Habrá olvidado verificar que la puerta automática estuviera bien cerrada. ¡No hace más que joderla! ¡No piensa en nada! ¡Todo se le olvida!

Tom abre la boca para defender a Suzon: «Es vieja, no puede pensar en todo, ya hace bastante, siempre preparándonos sus ricos platos, ocupándose de los animales, del huerto, metiendo la leña en la estufa para

que no tengamos frío cuando nos levantamos... Tiene derecho a olvidarse de cerrar la puerta automática del gallinero».

Y después se ha callado.

A veces su madre le da miedo.

Stella se deja caer en una silla. Se pasa la mano por el pelo. Desde la muerte de Ray, se lo está dejando crecer. Le cae en mechones hirsutos, rubios, casi blancos, a cada lado de la cara. Las plumas de un jefe indio despeinado. Para dominarlos usa la gomina de Tom.

Desde la muerte de Ray, lleva una gargantilla de perlas multicolores.

Desde la muerte de Ray, se pasa los dedos por las cejas y se arranca los pelos uno a uno.

—¡Para! Vas a acabar por quedarte sin cejas —dice Tom.

—A ti te da igual que ya no haya gallinas ni polluelos...

—Pero nos quedan las que pusimos aparte, cerca del estanque...

También tienen pollitos —se atreve a replicar Adrian.

—¡Dos gallinas y tres polluelos! ¡Te contentas con poco! La granja os importa un pimiento a vosotros dos.

Tom mete la nariz en su tazón de leche con chocolate y el silencio se instala, amenazador. Se oyen unos hipidos provenientes de la caldera, que se ahoga y desacelera en un suspiro.

—¿Qué es eso? —dice Stella prestando atención.

—La caldera... se ha parado —responde Adrian mientras tuerce el gesto.

—¡Es lo que faltaba! Empieza el invierno. Si hay que cambiarla va a costar un ojo de la cara.

Hace una pausa y suspira:

—De todos modos, no tenemos dinero...

—A lo mejor vuelve a funcionar, ¿no? —dice Tom cruzando la mirada con los ojos cerrados de su padre.

Comprende lo que siente. Adrian se siente inútil porque no puede pagar una caldera. Inútil y avergonzado. Un padre de familia debe poder pagar una caldera.

—Date prisa en acabarte el desayuno, ¡vas a llegar tarde! —ordena Stella.

Tom vuelve a su tazón y lame la leche pegada en los lados.

—Y deja de comer como un cerdo. El tazón va a la boca y no la boca al tazón. Estoy harta de repetirlo. ¿Tienes la mochila preparada? ¿Podemos irnos?

—Pseee...

—«¡Sí, mamá!» ¡Joder! ¿Es que no puedes hablar correctamente?

Tom se levanta, aclara el tazón, se seca las manos en el trapo colgado de la barra del horno y sube a su habitación a coger la mochila. Adrian acaba de recoger.

—Hoy voy a París.

—Últimamente vas mucho a París. Espero que tengas buenas razones.

Se pone detrás de Stella, la abraza, murmura con la boca pegada a su oreja:

—Deja de estar enfadada, háblame, no puedo adivinarlo todo, tienes que darme una pista.

—¡Estoy bien, estoy bien! —protesta Stella mientras intenta soltarse.

Él la aprieta con más fuerza.

—¡No mientas!

Apoya la boca en el cuello de Stella. Stella se pone a temblar. Cruza los brazos sobre su vientre para dominarse. Cierra los ojos. Contiene la respiración.

—Ya se pasará...

Baja la cabeza. Rasca el suelo con la punta de las botas de trabajo. Unas enormes botas negras, redondeadas. Querría gritar, pero eso no haría que se fuera la desgracia. Es una mala bestia. Hay que pisotearla. Se esfuerza en sonreír.

—¿Qué haces hoy?

—Llevo a Tom al colegio y me voy a la Ferraille. Tengo que hacer dos cargamentos grandes. ¿Julie sabe que vas a París?

Adrian hunde la cabeza en su espalda.

La mece en silencio. Le pone la mano en el corazón para parar su galope.

—Va a ir bien, va a ir bien...

¿Por qué ha llamado el notario?

¿Por qué es tan urgente que vayan a verlo?
¿Un nuevo golpe de Ray?
¿Un golpe sorpresa de Ray Valenti?

*

Costaud y Cabot saltan al volquete. Tom se sube al asiento delantero del camión y sujeta la mochila entre las piernas. Stella coge del suelo un grueso destornillador y lo guarda en el bolsillo del peto. Tiene que ajustar el ángulo posterior de la grúa; se inclina hacia la derecha, acabará por caerse.

—¿Llevas la agenda? —pregunta—. La firmé ayer y la puse en tu mesa.

—Pse.

—«Sí, mamá.»

Mira por la ventanilla y gruñe:

—Sí, mamá. ¿Por qué papá nunca firma la agenda?

—Pásame el mando de la puerta.

Ha hecho instalar una puerta que se abre a distancia.

Georges ya estaba demasiado viejo para mover los dos batientes.

—No has respondido a mi pregunta —dice Tom mientras rasca la gravilla incrustada en la alfombrilla.

Cuando habla así, con la cabeza baja, entre las piernas, es señal de que no bromea, de que hay que responderle. Ha crecido este verano, pero en el cuello sigue teniendo solo pelusa.

—No estamos casados. Ni siquiera estamos registrados como pareja de hecho, lo sabes de sobra.

—Sí, pero...

—Acaba de conseguir los papeles... Antes era ilegal —responde Stella mientras deja el mando en la puerta del vehículo.

—¿Ahora ya es legal?

—Sí.

—¿Tiene que esconderse?

—No.

—¿Puedo hablar de él en el colegio?

—Sí.
—Entonces puede firmarme la agenda...
—Tendría que hablar yo con la directora...
—¿Y yo podría llevar su apellido?
—Siempre y cuando nos casemos o algo así...
—Mi apellido no es Valenti.
—Hasta ahora lo ha sido.
—Estoy harto de que me llamen Valenti.
—¡No eres el único! —gruñe Stella mientras trata de evitar una camioneta que se aproxima de frente a toda velocidad—. Será posible...
¡Mira a ese imbécil! ¿Para qué va a frenar? ¡Gilipollas! —grita dirigiéndose al conductor, que le responde enseñándole un dedo en su honor—. ¡Gilipollas! —repite a la vez que sigue a la camioneta por el retrovisor.
—Pues... debes de estar realmente triste para estar todo el rato enfadada —dice Tom.
—¿Quién te ha dicho que estoy triste?
—Nadie, hablaba por hablar...
—Vale, pues guárdate tus comentarios para ti, ¿de acuerdo?
—De todos modos... —hace una pausa mientras juega con las correas de la mochila—, Ray Valenti era un cerdo. No quiero seguir llevando su apellido.

Stella prefiere no responder.

Aparca delante del colegio y Tom abre la puerta y salta mientras grita: «¡Hasta luego!». Mete la primera cuando la directora del centro, de pie delante de la puerta, la llama gesticulando exageradamente. «¿Qué quiere esta ahora? Su trabajo no consiste en pillar a los padres en la vía pública. Es cierto que me ha llamado varias veces y que nunca he respondido. Debe de querer decirme algo. Algo que no quiero oír porque, eso seguro, es una desgracia.»

—¡Señora Valenti! ¡Señora Valenti!

Stella baja el cristal y saca la cabeza. El motor del camión hace temblar la carrocera, lo que la obliga a gritar. No oye las palabras de la directora, pero las lee en los labios.

—Sí, señora Filières²...

—¡Tengo que hablar con usted...! —se desgañita la directora—. ¡Es importante! La he llamado varias veces y...

—No tengo tiempo. Tengo que ir a trabajar. Mañana por la mañana, ¡se lo prometo!

—Señora Valenti...

«¡Que deje de llamarme señora Valenti!», refunfuña para sí Stella.

Todo el día con la misma monserga, señora Valenti por aquí, señora Valenti por allá. Parece que la gente lo hace adrede. «¿Qué tal, señora Valenti? Lo echa de menos, ¿eh? Se lo echa de menos en la ciudad, lo echamos de menos todos y cada uno de nosotros. Era un héroe, ¿verdad? ¡Y qué manera de morir! ¡Dando la vida por los demás! ¡Sublime! No se puede decir que Ray Valenti no haya sido generoso. Harían falta más como él, hágame caso. Y la señora Valenti, su madre, ¿va mejor? ¡Pobre Léonie! Lo ha perdido todo al perderlo a él. Por suerte, la tiene a usted... y a su pequeño Tom, ¡que está hecho todo un Valenti!»

Incluso la seguridad social mete las narices: «¿Valenti? ¿Valenti con i latina o con i griega?». «Con i latina», dice atascándose en la vocal. Hay un silencio y la voz al otro lado del teléfono se ablanda: «Ray Valenti... ¿No será el bombero que salvó a aquellos niños el verano pasado? ¿En una colonia de vacaciones cerca de Sens? Unos niños alemanes, ¿no? ¿Es él? ¿De verdad? ¿Es usted pariente? ¡Su hija! Bueno, no hay ni que decirlo, ¡su padre era un hombre extraordinario! ¡Ya puede estar orgullosa!».

Se ha convertido en una cantinela. El certificado del banco para la señora Valenti, la carta del colegio para la señora Valenti sobre Tom Valenti, los correos del notario relativos a la herencia de Valenti, la pensión del señor Valenti Ray concedida a la señora Valenti Léonie...

Stella Valenti no tiene ganas de bajar del camión para ir a hablar con la señora directora.

² Filières, es decir, 'trámites, papeleos' (*N. de la T.*).

—¿Es urgente? —grita.

La señora Filières abre los brazos para decirle que sí, que por supuesto... Stella hace un gesto para decir que lo que sea puede esperar y arranca lentamente para no dar la impresión de emprender la huida.

—¡Pero es importante, señora Valenti! —grita por última vez la directora a la vez que vuelve a poner los brazos a lo largo del cuerpo.

Luego masculla en voz alta:

—¡Cómo es esta mujer! No respeta nada. Esto no tiene sentido. Me veo obligada a acecharla a la entrada del colegio, si no, no hay manera de verla. De todos modos, ¡no tengo por qué estar de guardia!

Se acerca la madre de un alumno, el pequeño Fabrice Bauduron. Querría que le dijeran si hay prevista o no una excursión al final de la semana.

—Mi hijo va a cumplir once años y querría saber si puedo organizar la merienda de cumpleaños el viernes porque el sábado su padre se va de pesca y me gustaría mucho...

—No, señora Bauduron, esta semana no hay excursiones, les habríamos avisado... —la corta la directora mientras mira en dirección al camión de Stella, que se aleja.

—¡Ah! Así podré llevar a mi madre al hospital por la mañana y organizar la merienda por la tarde...

—Muy bien, señora Bauduron, muy bien.

—Porque mi madre tiene jadeos, pitidos en el pulmón, gases que le suben a la cabeza. He hablado con el doctor y... —La señora Bauduron, al darse cuenta de que la directora no se interesa apenas en los problemas de salud de su madre, y como quería seguir llevándose bien con ella, cambió de tema—: ¿Ya le ha dado la buena noticia a la señora Valenti? ¡En Saint-Chaland no se habla de otra cosa! Ayer mismo, en la panadería, la señora Di Souza, delante de mí...

—No tiene tiempo. ¡Ni siquiera ha bajado del camión! Más de una estaría orgullosa...

—Es tremendo, señora Filières, es tremendo. Esa mujer no tiene maneras. Y todavía peor... No parece que le guste la noticia.

—¿Qué me está contando? —La directora se vuelve, ofendida, hacia la señora Bauduron. Se encoge de hombros y levanta los ojos al cielo.

Luego reflexiona, se inquieta y pregunta en voz baja—: ¿De verdad cree que podría...?

Al sentir brotar la duda en la voz de la directora, la señora Bauduron comprende que se ha anotado un tanto y se pavonea:

—Hay gente, señora Filières, que nunca está donde se la espera.

—¡Solo faltaría que montara un número! El alcalde y el prefecto estarán presentes, y también el capitán de los bomberos. El diputado ha dicho que haría todo lo posible, han reservado una banda...

—¿Con tanta anticipación? —se extraña la señora Bauduron.

—Las bandas están muy solicitadas. ¡Hay que darse prisa si se quiere una a la altura!

—Seguro que será un día importante para la ciudad... En fin, espero que... porque con ella una puede esperarse cualquier cosa. —La señora Bauduron hace un ruido con la boca, un siseo de labios que vibran, húmedos, y que repite varias veces para subrayar la realidad del peligro. La señora Filières, fascinada por este ruido de succión, no puede apartar la mirada—. Pero ¿por qué no se lo pide a la viuda? —retoma la señora Bauduron, que quiere prolongar su ventaja.

—¿Léonie Valenti?

—Enseguida diría que sí. No sabe decir no.

—No tiene un hijo en la escuela. Y, además, parece que la que decide todo es la hija.

—¡Menuda cabezota, la Stella! No es fácil de tratar.

La directora meneaba la cabeza y replica, contrariada:

—Uno de estos días voy a tener que atraparla.

—¡Estoy con usted, señora Filières, estoy con usted!

*

Stella mira el reloj. Con retraso, va con retraso. ¡Como si ella tuviera tiempo de charlar con la señora Filières! Para empezar, ¿qué quiere de ella? Ha rellenado todos los papeles, presentado todos los impresos y respondido a todas las preguntas para el expediente escolar de Tom. ¿No basta con eso?

Una chica con *shorts* de lentejuelas y pantis negros espera en el semáforo para cruzar. En una mano lleva un cigarrillo, y en la otra, el mó-

vil. Habla mientras mastica un chicle, la boca se le retuerce dibujando unos ochos elásticos. Los *shorts* son tan ajustados que se le meten entre las nalgas. Se contonea para sacárselos.

«¡Qué pringada!», diría Tom.

No siempre entiende lo que dice.

Tom es un alumno brillante. Está a un paso de ganar el diploma de alumno ciudadano³. Por ahora, es el que más puntos ha acumulado en su clase. Por cada casilla rellena, un punto: fotocopiar los apuntes para un alumno que no ha ido a clase porque está malo, poner fin a una pelea en el patio del colegio, recoger los papeles del suelo, ordenar las sillas y las mesas, entregar un objeto perdido, enrollar las colchonetas después de la clase de educación física...

¿A lo mejor por eso quiere verla la señora Filières, para felicitarla por la conducta ejemplar de Tom?

¿O porque le gustaría que Julie tomara a unos alumnos en prácticas en la Ferraille para firmar un acuerdo de colaboración entre el colegio y la empresa?

La señora Filières alberga grandes ambiciones para su colegio. Quiere convertirlo en un centro de referencia. ¡Debería empezar por encontrarle un nombre! Algo serio que inspire respeto. Marie Curie o Jean Jaurès, nombres ante los que uno se inclina. Organizarían una ceremonia, con la señora Filières posando en primer plano. A su lado estaría Tom, luciendo su diploma de alumno ciudadano sobre el pecho.

Tom Valenti.

Tom tiene razón, hay que cambiar de nombre.

¿Tomar el de Adrian?

Adrian Kosulino. Stella Kosulino. Tom Kosulino.

Stella articula en voz alta. Mientras, en la radio, dos periodistas discuten. Uno llama a los franceses creps: «Cambian de opinión sin parar,

³ En Francia se ha creado durante estos últimos años el itinerario de ciudadanía. Abarca desde la escuela elemental hasta el liceo (equivalente a nuestro bachillerato). Se trata de educar en los valores democráticos a los ciudadanos del futuro (*N. de la T.*).

giran y vuelven a girar, no hay pensamiento en este país, ¡vivimos en una gigantesca crepería! ¡Francia es una cre-pe-rí-a!».».

Ko-su-li-no.

Y el anillo, ¿tendrá que llevarlo siempre o solo en el ayuntamiento?

Anillada como un pollo enjaulado.

Cambia de emisora.

Encuentra una canción de Hozier, *Take Me to Church*, y sonrío. ¿Es un guiño del destino? ¿Una orden del cielo? «¿Tengo que casarme, convertirme en su mujer oficialmente?»

«*My lover's got humour, she's the giggle at funeral, knows everybody's disapproval...*» Golpea el volante para marcar el ritmo de la canción, pega con todas sus fuerzas para convencerse de que quizá es una buena idea, después de todo, y grita y grita: «*I was born sick, but I love it, command me to be well, amen, amen, amen*».

El día en el que Adrian fue a buscar su pasaporte...

Se puso una camisa blanca, una chaqueta negra y limpió los zapatos con su saliva para que brillaran. Se limpió las uñas con lejía, se peinó y se lavó los dientes con bicarbonato de sodio. «Eso los blanquea, me lo ha dicho Suzon.» «¡Pero no enseguida!», había replicado Stella muerta de risa. «¡Por supuesto que sí! ¡Ahora lo verás! Quiero estar guapo para ir a retirar mi “precioso documento”.»

Así es como llama a su pasaporte.

Costaud y Cabot daban vueltas a su alrededor, ladraban, daban saltos como si fueran perros de circo.

—Deberíamos nombrarlos damas de honor... —había bromeado Adrian—. Después de todo, ¡hoy me caso con Francia!

Habían ido los tres, Adrian, Tom y Stella, a buscar el precioso documento al ayuntamiento.

Por la noche abrieron una botella de champán, Moët & Chandon, porque en Aramil, en la provincia de los Urales donde Adrian nació, era

el único conocido. Su abuelo habría estado orgulloso de verlo como ciudadano francés y europeo. Adrian se tocó el reloj que llevaba en la muñeca derecha. El reloj de su abuelo. Se había parado en el momento de su muerte. Las diez y veinte. Nunca lo había llevado a arreglar.

«*Allons z'enfants de la patrie...*»⁴.

Habían bebido y bebido y bebido.

Tom se había ido a la cama haciendo esos.

Adrian reía, cantaba, recitaba versos en ruso; Adrian tropezaba, rodaba por la cama; Adrian ponía rodilla en tierra, pillaba unos calcetines, los anudaba en forma de ramo de novia y se arrojaba a los pies de Stella.

—Stella, ¿quieres casarte conmigo?

Y Stella, que un momento antes levantaba la copa y declamaba versos sin entenderlos, se quedaba paralizada, con la boca redondeada por el terror, tapándose las orejas y diciendo: «¡No, ni hablar!».

—Pero ¿por qué? —preguntaba Adrian—. ¿Es que no me quieres?

—Sí, sí, pero...

—¿No quieres llevar mi nombre? —intentaba articular con la voz pastosa y la lengua pesada—. ¿Te da vergüenza?

Los calcetines se le cayeron de la mano, flojos y marchitos. Unos calcetines grises y negros hundidos en la miseria.

—¿Llevar tu nombre? —dijo Stella.

—Mi nombre. Adrian Kosulino.

La miró fijamente, como si ya no hablara francés. Como si hubiera vuelto a los Urales. Como si se hubiera equivocado de dirección, de historia. Como si, al volver del ayuntamiento, hubiera entrado en la casa equivocada. Miró a su alrededor. ¿Qué era lo que no funcionaba?

Y su mirada volvió hacia Stella en una súplica dolorosa:

—*Liouba, liouba*⁵, ¿por qué no quieres?

Ella no podía explicarse.

No podía compartir sus sentimientos.

«Compartir» o «explicar» son otras maneras de decir «te quiero».

⁴ Primer verso de *La Marsellesa*, el himno nacional francés (*N. de la T.*).

⁵ Equivalente ruso de «querida» (*N. de la A.*).

No podía.

Lo había mirado y se había sentido terriblemente sola. Salió corriendo con un portazo.

Trepó al árbol. Las ramas le arañaban la cara y las apartaba con el codo. Trepaba hasta la siguiente. Alcanzó la copa del árbol. Se acurrucó en la plataforma de madera que había construido Adrian. El árbol la envolvía, la mecía. Sentía el olor de la noche fría. El olor a musgo húmedo, a tronco rugoso, a tierra pesada, feraz, el olor a hojas muertas, casi calcinadas, que se pudrían al sol. Un aroma a verbena salvaje, a setas húmedas. Cerró los ojos. El árbol se balanceaba, crujió, gemía con un canto profundo, sordo, como si quisiera calmarla.

Tenía la impresión de que solo el árbol y ella se entendían, de que compartían la misma soledad.

La noche era negra salvo allí donde estaban las estrellas. Apretó las rodillas contra el pecho. «Estoy harta —gruñía mientras hacía pompas con las lágrimas que le llenaban la boca—, estoy harta de verme en esta historia, ¿por qué no puedo pasar a otra?

»¿O decir sí a los calcetines grises y negros?»

Se arrancaba las cejas, pero no encontraba respuestas.

Se mordía los puños para forzarse a no llorar. Porque no hay nada más patético que estar refugiada en un árbol y llorar sobre una misma.

Acabó por dormirse mientras canturreaba: «Mi niña es como el agua, como el agua viva, corre como un arroyo que los niños persiguen...».

La canción que susurraba su madre.

Por la noche, antaño.

Volvió a su habitación con el alba.

Volvió a la cama.

Deslizó la sábana a lo largo del cuerpo de Adrian.

Apoyó la cabeza en su vientre.

Respiraba el olor húmedo de su ombligo, la piel lisa y dorada de la cadera, la vena azul tan frágil, los pelos rubios y ásperos por encima del sexo; su mano bajó hasta él, lo acarició, lo tomó con ellas, lo tomó con

su boca, era dulce, pacífico, era como regresar a casa, como murmurar: «¡Ay, me gustaría mucho poder casarme contigo!».

Adrian se removía medio dormido, «*liouba, liouba*»; le puso la mano en la cabeza, la acarició como se acaricia a un niño para consolarlo y prometió que nunca volverían a hablar de ello, «¿de acuerdo?».

Aquella mañana tuvo la idea. Decidió que las cosas tenían que cambiar, estaba cansada de llevar aquel peso. Iba a vengarse.

*

«¿O podría llamarme Plissonnier?»

Entra en la curva que domina la Ferraille. La alta estructura de la trituradora se destaca en el cielo azul metalizado, limpia y masiva. Una pila de esqueletos de coches espera a un lado. Carrocerías amarillas, negras, verdes, rojas, calandras plateadas, ruedas negro alquitrán... La pila está derecha, bien ordenada. Nada sobresale. Parece una torre en el cielo. Boubou y Houcine han hecho un buen trabajo.

¿Stella Plissonnier?

Por el apellido de Lucien Plissonnier, mi progenitor. No, mi padre. El amante de mi madre. Un padre que no conocí. Un amante con el que mi madre no estuvo más que tres meses, no más. Dos meses de felicidad y murió. Un 13 de julio. Estaba haciendo un estúpido juego de palabras, «es un poco pronto para los pe-tardos», y se desplomó en el sofá. Un ataque al corazón.

¿Ste-lla-Pli-sso-nnier?

Medio hermana de Joséphine, tía de Hortense y Zoé, medio hermana también de Iris, hermana de Joséphine. Pero aquella no cuenta, está muerta. Tendré que informarme de cómo... Dejó un hijo, Alexandre. Debe de tener veinte años. Vive con su padre, Philippe, en Londres. Es todo lo que recuerdo de mi nueva familia. Solo he visto a Joséphine una vez. Bastante simpática. Fue bajo la Torre Eiffel. El café cuesta un ojo de la cara en ese barrio y es imposible aparcar.

Reduce la velocidad, se para en el semáforo rojo en el cruce entre la planta de reciclaje y la Ferraille. Un semáforo muy largo, uno se pregunta por qué. A lo lejos, a la entrada del recinto, tres camiones esperan para pesar su carga. Adivina la silueta de Jérôme Laroche, que va de uno a otro y les tiende los papeles que deben rellenar. Un domingo por la tarde, en casa de los Courtois, había pedido la mano de Julie y se habían prometido. No eran muchos: Stella, Tom y Adrian, Boubou, Maurice y Houcine. Solange Courtois tenía los labios apretados y el mentón empujado en el cuello. Su cara entera decía: «Tengo que conformarme con este prometido insignificante». Le faltaba poco para no pellizcarse la nariz al pasar las olivas rellenas, los canapés de salmón, los *rillettes*, las porciones de pastel de calabacín... El novio estaba mal afeitado. Quedaban algunos pelos rojos entre dos zonas de piel irritada. Y los zapatos le rechinaban. Solange Courtois lo había besado cerrando los ojos.

—Me besa con pinzas —cuchicheó Jérôme a Stella—. La entiendo, esperaba un yerno mejor.

Estas palabras, tan sencillas, tan verdaderas, la habían puesto triste. Él no tenía nada que responder, y eso era lo peor.

El semáforo cambia al verde. Stelle vuelve a arrancar. El polvo blanco de la carretera se levanta en el aire límpido y azul, faltan partes enteras de asfalto. Habría que arreglar la carretera, pero el municipio ya no tiene dinero.

Tose y sube el cristal.

Se asegura por el retrovisor de que los perros siguen en el volquete. Se sostienen agarrados al borde, con las orejas al viento. Dos colegas que vigilan la circulación y que ladran cuando pasa una Mobylette.

Cuando atisba la puerta de la Ferraille, toca el claxon para que Jérôme se aparte y pueda pasar por un lado.

¿Stella Kosulino? ¿Stella Plissonnier? ¿Stella Valenti?

¿Cambiamos de personalidad cuando cambiamos de apellido?

*

En el andén de la estación de Sens, Adrian espera el tren de las ocho y diez a París.

Han cancelado el tren de las siete y cuarenta. Sin aviso. Aunque está muy transitada, se suprime un tren de cada dos en esta línea. La SNCF economiza. Viajará de pie, apretado contra unos viajeros malhumorados que huelen a café con leche, al cigarrillo apagado, a la ducha que no se han dado porque van con retraso.

La gente protesta. Mañana y noche. Protesta, pero se amontona, dócil, y se agita con los demás.

Adrian no protesta. No se agita. Sabe que un día dejará de coger ese tren. Vivirá en París en un apartamento con revestimiento de madera. Será el propietario de un coche último modelo, con chófer de uniforme y una lamparita detrás para leer el periódico, y tendrá un abrigo de pelo de camello. Será el señor Kosulino y dirigirá su propia empresa. Dictará cartas a una secretaria, caminará por una espesa moqueta y tendrá varios teléfonos y cuadros de grandes maestros en las paredes. Así vivían los héroes de las películas que su abuelo lo llevaba a ver en el cine de Aramil.

¡Y una cocinera en casa!

Entrará en la habitación por la mañana con la bandeja del desayuno y preguntará por la cena: «¿Qué desean los señores?».

Cuando uno lo desea con fuerza, las cosas se cumplen. Solo tiene que aferrarse a su sueño. Darle un golpecito de vez en cuando, para reavivarlo.

Ha dejado el coche en el aparcamiento de la estación.

Edmond Courtois había venido para llevarle un documento que faltaba en el expediente. Corría, sudaba. Le costaba recuperar el aliento. Se excusaba por estar tan sofocado: «¡Es una locura, este año no se acaba nunca el verano!».

Tendió el documento a Adrian.

—Apáñatelas como puedas, pero tiene que firmarlo.

—Delo por hecho.

—Sacaremos un montón de pasta con esta partida. Un cliente importante. Vladimir Borzinski. Ruso. Os entenderéis bien.

«Como si eso fuera suficiente —había pensado Adrian—, como si todos los rusos del mundo debieran darse la mano. Es como dar por he-

cho que todos los hombres son hermanos. Por supuesto que se sonríen como hermanos, que se estrechan las manos como hermanos, pero debajo de esas apariencias hay grandes posibilidades de que sean unos cobardes, unos canallas, basura, asesinos».

Había sonreído.

—Conozco a ese Borzinski. Ya lo he visto en la Ferraille. De cuando cortaba chapa.

—¿Ves qué clase de hombre es? Duro, nada espontáneo.

—No me miraba, yo no existía, a sus ojos yo era infrahumano. Pero me tomé un tiempo para observarlo... He conocido a muchos como él en Rusia. Me da miedo.

Edmond Courtois pareció tranquilizado.

—¿Qué tal por casa? —preguntó mientras cerraba el impermeable, que se le abría.

Había engordado, la ropa le apretaba.

—¿Stella está bien?

—Sí, sí.

—Debe de estar feliz ahora... Tienes un curro, papeles, Ray ya no está allí para acosarla... Debe de ser todo más fácil para ella. ¡Y también para ti, de paso! —añadió, a la vez que le daba una palmadita de complicidad en la espalda que significaba que se comprendían, que estaban entre hombres.

—Sí. Está contenta.

—Entonces también yo estoy contento... ¡Venga, hasta la tarde! Cuando vuelvas, ¿me llamas y me cuentas? Es un gran negocio, Adrian, un gran negocio, y si lo haces tan bien como la última vez... pues...

Se frotó las manos con una gran sonrisa. No se había atrevido a decir «seremos ricos», pero lo había pensado con mucha fuerza. Y luego había tenido miedo, se había dicho que aquello le iba a traer mala suerte y había rectificado, avergonzado.

—En fin... ¡Ya veremos! No hay que vender la piel del oso... Pero la verdad es que... me gustaría mucho...

Adrian se inclinó hacia él. Había leído la inquietud en los ojos de Edmond. La inquietud del hombre que se hace viejo y debe luchar cada día para que su negocio se mantenga. Luchar contra el hundimiento del precio del acero, las fábricas que cierran desde la crisis de 2008, las

grandes chatarrerías que absorben a las pequeñas... Contra las mafias también. Los traficantes. La regulación quisquillosa del Estado.

Un viejo tigre que ha perdido las garras.

—Todo irá bien, señor Courtois. No se preocupe... ¡No es el último contrato que firmaremos!

Estuvo a punto de decir «que firmaré».

Edmond lanzó un suspiro. Se quedó un momento inmóvil, sin saber qué hacer con los brazos y los pies. Buscaba las palabras, pero no venían. Se frotó la barba y murmuró:

—Tú tienes olfato para los negocios. Eres un buen estratega. Y además... ¡con tantas lenguas como hablas, debes de causar impresión!

Estaría pensando en su futuro yerno, que no impresionaba apenas. Llegó a su coche con los faldones de su impermeable bien cerrados. Parecía un niño rollizo embutido en un disfraz de empollón.

Un niño viejo.

Adrian sonrió. Edmond Courtois es un hombre amable. Y sencillo. Edmond Courtois lo acogió cuando llegó a Sens en la trasera de un camión. Y le dio una oportunidad. Un curro en la Ferraille. Papeles. Una existencia legal. Sin Edmond, habría acabado mal.

Edmond Courtois siempre había querido a Léonie. Su colega Ray Valenti se la había birlado cuando tenían veinte años. Y ya nunca volvió a ser colega de Ray Valenti, pero daba lo mismo. Nunca se atrevió a declararse. Siempre había amado a Léonie de lejos. Incluso ahora, farfulla cuando habla de ella. Embutido en sus sentimientos como en su impermeable. Se casó con Solange Courtois. ¡No se libraré fácilmente de ella!

A veces pregunta por Stella. Y si Adrian, por casualidad, menciona a Léonie, un brillo de chico feliz se enciende en los fatigados ojos de Edmond.

A menudo, el hombre y el niño son lo mismo.

Edmond pagó la restauración de un edificio de la granja para Léonie. «Así —dijo— cada uno tendrá su casa.» Georges y Suzon por un

lado, Léonie por otro, Stella y Adrian un poco más lejos. Ya había pagado la parte de Stella.

¿Y yo, qué pago yo?

La comida en la mesa. Entradas para el cine. Unas zapatillas de deporte para Tom. La gargantilla de Stella. Una botella de champán de vez en cuando.

Fruslerías.

Quiero ganar dinero del bueno.

No quiero ser pobre.

Tiene papeles. Ya no es ilegal. Se acabaron los tiempos de la jabonera escondida bajo el lavabo del baño, donde dejaba los billetes ganados clandestinamente.

Eso hace que quiera entrar en el negocio.

Ve un sitio frente a una joven y un hombre dormido con el cuello torcido sobre la solapa de la chaqueta y la boca abierta. Cuando respira parece que tiene un verraco viviendo dentro de ella. Su vecina se vuelve con una mueca y cruza su mirada con la de Adrian.

Aunque joven, tiene un aspecto gastado. La piel seca, con rosácea, el pelo fino, rubio. Se ha pintado de verde los párpados para iluminarlos un poco. Le recuerda a las mujeres de Aramil. Le sonrío. Ella le responde, repentinamente reanimada. Se estira la chaqueta, se ahueca el pelo. Parece decir: «Venga, tómame, hace mucho que no he sentido el calor de un hombre contra mí».

Está citado en el Fouquet's, en los Campos Elíseos. Ha pedido una mesa no muy lejos de la puerta. Querría llegar el primero para estar bien situado. No necesita revisar el informe que le ha preparado Edmond. Sabe cómo impresionar al ruso y hacer que firme. El tío parece salir de una película de James Bond mal doblada. Invoca a Dios, a Putin, escupe cifras, exhibe su barriga prominente y juega a ser el amo de los rodamientos.

Eso no lo impresiona. Tiene un arma secreta que ha funcionado siempre.

¿Por cuánto tiempo?

No lo sabe.

En cuanto a Stella, tampoco lo sabe.

El fuego azul de sus ojos, el fuego rubio de su pelo.

Su cuerpo que se abre, su corazón que se zafa.

«Solo tengo un miedo, Stella: perderte. No tengo miedo de que un hombre se te lleve de mi lado, tengo miedo de ese odioso fantasma caído en el fuego. Miedo de un muerto. Me importan poco las cosas, sé vivir solo y muy bien, pero te necesito. Sea lo que sea lo que nos pase, tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Vivo en ti.

»He crecido en ti. Me has vuelto más tranquilo, más dulce, más hablador. Has abierto mis brazos. He aprendido a sonreír contigo. A reír. Antes de ti, nunca reía. Mi primer ataque de risa... Te compraste un vestido para complacerme y te lo pusiste del revés. La espalda delante, el escote detrás. Cuando entramos en el restaurante, te quitaste el abrigo... Todo el mundo te miraba y estallé en carcajadas.

»La risa es la luz que explota.

»Si has crecido en Aramil, con el viento gris, la arena sucia, el barro..., lo único que quieres aprender es cómo hacer que la luz te alcance.

Sin la ayuda de nadie. Porque, después, estamos seguros de ser felices para siempre.»

Conoció a Stella.

Acababa de llegar a Sens, oculto en un camión que transportaba planchas de metal. Había acabado en la entrada de la Ferraille. Julie le dijo: «Te contrato, voy a ver si sabes trabajar. ¿No tienes papeles? Nos importa un bledo, muéstrame que tienes ganas de trabajar y veremos».

Julie es la santa patrona de los casos perdidos.

Durante toda la jornada, se dejaba la piel de las manos y los dedos. Tiraba con los brazos, empujaba con los muslos. Tragaba polvo de limadura, escupía saliva negra de hollín. Por la noche, después de darse una ducha y de comer una lata de sardinas con pan, se envolvía en una manta y leía el diccionario, leía gramáticas para aprender francés. Bou-bou y Houcine le ayudaban.

Y luego, un día...

... en el trabajo... se había incorporado para secarse el sudor que le salaba los labios y la vio bajar del camión.

Peto naranja, una cresta de pelo rubio. Alta, delgada. Hostil.

Lo deslumbró. No hablaba, no sonreía, lanzaba miradas furiosas, daba patadas a una rueda, a una viga, a un eje. El baile de la cólera. La observaba a hurtadillas, robaba la tristeza con una mirada, la soledad con una sonrisa fingida. Buscaba adjetivos para describirla en francés. ¡En ruso tenía un montón!

Volvió a ponerse el casco, los guantes, las gafas, el pañuelo que le hacía de mascarilla; volvió a cortar una plancha con el soplete, pero sus ojos entrecerrados la buscaban por todas partes.

Su primera noche.

En el catre donde dormía en un rincón de la nave.

Se habían quedado cara a cara, torpes, callados. Acercaron sus manos y saltaron chispas. Acercaron sus bocas y saltaron chispas. Ahuyentaron el aire que crepitaba a su alrededor.

Él se dijo: «Estoy jodido. Nunca me moveré de aquí».

Cuando se separaron, rodó sobre un costado y continuó mirándola, le lamió el sudor del hueco del cuello, con aquel olor azucarado casi afrutado, y le susurró: «Perdóneme... Le prometo que la próxima vez muy bien, muy bien». Ella le puso una mano tibia en los labios y le suplicó: «Cállate, por favor, cállate».

Repasaron su infancia.

La de él en Aramil, la de ella en Saint-Chaland. ¿Quizá eso era lo que los había reunido? La misma desgracia, la misma violencia, y lo único

que resulta seguro, lo único que tranquiliza, es que estamos solos, ¿no? Estamos solos.

Nunca conocemos el sufrimiento del otro.

Lo imaginamos con sus propias palabras. Con su propio sufrimiento. Pero no coincide. Y pasamos de largo.

Stella ha querido olvidar, borrarlo todo. No le ha quedado más que un gran rechazo. Ese rechazo la hace vivir.

Debe amarla con todas sus fuerzas hasta que no pueda más.

¿Llegará ese día?

No lo quisiera.

La mirada decepcionada de la chica gastada vuelve hacia él mendicante. Sus ojos parecen decir: «¿Por qué no me miras? ¿Por qué no me hablas? Esta tarde salgo a las cinco, ¿podemos vernos? Te veo a menudo en este tren de la mañana. No llevas alianza, ¿tienes novia?».

Sonríe de nuevo, pero esta vez para decir adiós.

Stella lo ha vuelto casto y fiel. Hay tantas mujeres en ella que no ha acabado de seducirlas a todas.

El tren se acerca a París y los suburbios desfilan por el marco de la ventanilla. Edificios grises, un cielo turbio, balcones atestados de bicis, sillas de plástico, puentes negros, semáforos en rojo, firmas grafiteadas, gigantes y chillonas... Él había empezado a hacerlas en Aramil. Estaba en la banda de los que más se arriesgaban para «bombardear» lugares inaccesibles. Dejaban su firma por todas partes. La de su grupo, «Los lobos de la noche». Se los respetaba. Zapatillas negras, capucha negra, chándal negro, escalaban y dejaban signos cabalísticos en las estaciones y las cocheras. Había ido hasta Ekaterimburgo para dejar su firma en las vallas que rodeaban las obras abandonadas de la época soviética. Al principio, el poder los combatía. Los grafitis eran un arte decadente venido de Occidente y los grafiteros eran traidores a la nación. El arte del grafiti lo introdujeron en Rusia los *hooligans* ingleses que iban a apoyar

a sus equipos de fútbol. Escribían kilómetros de cifras y de letras con una rapidez y una técnica que los rusos envidiaban. Adrian aprendió con ellos. Aprendió a usar aerosoles, a huir sin herir el aire. A menudo había tenido miedo. Y luego el poder desistió. Y pasó al otro extremo. Gloria a los grafitis, el arte nuevo, ¡el arte antes que nada! Se abrió un museo en Perm. Se exponían allí firmas y vallas. También sus firmas y sus vallas.

El día en que lo descubrió, se subió a la chimenea más alta de una fábrica abandonada y escribió su nombre con letras doradas.

Dos días después se marchó a la conquista de Europa.

Escondido en camiones y trenes.

Cuando su colega Milan recordaba el museo en Perm, Adrian le decía que allí exponían sus obras. Milan se moría de la risa. Adrian repetía que era verdad... A Milan le entraba una risa tonta, la de quien no cree en nada.

A pesar de la tensión que reina entre los dos, Adrian mantiene con él una relación lo bastante amistosa como para permitirles un negocio especial, el de engañar a la gente. Y a lo largo de los años han tejido un lazo sólido: la complicidad de los oprimidos.

Hoy Milan vive en un apartamento cerca del cementerio de Père-Lachaise. Ha dejado la buhardilla que compartía con Adrian. Se compra zapatos puntiagudos, cartones de tabaco rubio, lleva sombrero y se ha arreglado los dientes. Bueno, no todos, solo los de arriba.

Milan forma parte del plan de Adrian.

Mira el reloj: llegará primero al Fouquet's.

El tren frena al acercarse a la estación de Bercy.

La gente se amontona en los pasillos. Se tragan la última galleta, sorben hasta la última gota de la lata de Coca-Cola haciendo ruido con la pajita. ¿Cómo hace la gente para comer y hacer ruido continuamente?

Reconoce a dos mujeres de Saint-Chaland. Las oye cuchichear a su espalda.

—Es él, ¿verdad? No está mal.

—¡Le haría un favor, desde luego!

Se parten de la risa y continúan más bajo:

—¿Crees que lo sabe?

—Pregúntale.

—¿Estás chiflada? Nunca me atrevería.

—Esta historia va a volverla loca.

—Pues yo la entiendo, ponte en su lugar.

—Pero incluso fue...

El tren frena bruscamente, la estructura del coche 14 vibra con un pesado chirrido de metal. La llegada está cerca. Aguza el oído, pero no consigue entender nada más.

Seguro que seguían hablando de Stella.

¿Qué decían antes?

Lo ha olvidado. Solo ha retenido el sonsonete de unas chicas que hablan de los hombres como golosinas que probar y picotear.

No le gusta esta familiaridad.

*

Julie mira su taza de café solo y duda si echarle un terrón de azúcar. Ya tiene encargado su vestido de novia, la boda será dentro de seis meses y no debe engordar. «Un terrón, solo un terroncito... ¡Va, uno solo! Lo corto en dos y me sirve para dos cafés. Me encantaría de verdad estar delgada.» Acaricia con la mirada el cubito blanco del platillo. Lo coge entre los dedos. Liso, compacto, brillante. «¡No! ¡No! No quiero enfrentarme a la mirada y a los comentarios de la dependienta cuando vaya a la segunda prueba a la tienda Promesses, la más bonita de las tiendas de vestidos de novia, calle de los Déportés-et-de-la-Résistance, 144. Al pie de la catedral.

»Mi madre me arrastró allá. Hubiera preferido comprar de un catálogo de internet. No me gustaba nada la -s de Promesses, me pregunté si eso quería decir que se podía prometer varias veces “amor y fidelidad”. Tenía miedo de que eso me pusiera de mal humor.»

—No, cariño, internet es para las chicas que tienen una talla «estándar»; tú necesitarás retoques, así que vamos a ir a por uno «a medida». Y alégrate de que tu padre y yo podamos pagártelo. No todas las chicas tienen esa suerte.